

DOÑA TOBOSA DEL DULCINE

En un lugar de España, cuyo nombre está en la memoria de todos, sigue vivienda la más ilustre, linda, sobre las bellas bella, gran señora, la sin par princesa Doña Tobosa, la gran emperatriz de la Mancha, fermosísima doncella de la que se enamoró otro fidalgo manchego que sigue llamándose don Miguel.

Aqueste señor dedicó a la dama de sus pensamientos todas sus venturas y desventuras, mientras que, como quien lo hace a poste, “desfacía entuerτος” y luchaba a brazo partido con “los follones y malandrines» que no se avenían al alto concepto de la vida que tenía nuestro señor don

El nunca descendió a las minucias de una vida triste y terrenal, tal como su buen servidor Alonsico, hombre cachazudo y muy apegado siempre a refranes y dichos de La Mancha, su tierra que, sin duda, es la mejor del mundo. Y quizás por eso, por andar siempre entre la labrantía, con el pienso y al cuidado de su rucio, ignoraba la grandeza de ánimo de su señor al que, al canto de su zafiedad, adoraba en extremo.

Peso a sus nobles deseos, don Miguel le compadecía y sabía que, por mucho que se esforzara, Alonsico jamás entenderla la su afta condición ni de las empresas propias de los menesteres de su rango, que otros laman prosapia. Tanto que en más de una ocasión, con la cabeza hundida en el pecho, el rústico farfullaba queda, muy aprieta, y atropelladamente:

- Desconoce vuesa merced, mi señor don Miguel, ¿qué quién se mete a redentor terminan por crucificarle? No olvide vuestra merced aquel dicho que reza que quién echa pan a perro ajeno, pierde el pan y el perro termina por morderle.

Don Miguel, si Alonsico se pronunciaba en voz alta, le recriminaba su siempre frugal parquedad en lo tocante a los sentimientos y, con gran benevolencia, le replicaba:

- Alonsico, hijo, haz bien y déjate de adagios.

Mas hete aquí que un día -no refieren las crónicas si bueno o malo- don Miguel, por relación de no se sabe quién, hubo conocimiento, sólo la buena nueva, de doña Tobosa del Dulcine, flor de la hermosura, que la fama, a veces, no es cicatera y lo pregonaba a los cuatro vientos y elogió sin tasa ni medida la discreción de tan preclara señora.

Y, desde aquel día, espantados (de pasmo, no de horror, que las palabras pueden inducir a errores), espantados, repito, los sus sentidos cifró en ella su gloria y a quien dedicar su fama y nombradía da Caballero Andante, que lo era de condición y por vocación (no como simple modus vivendi), para alcanzar el altísimo honor de su estima primero y, después, que el amor es inclinado a la posesión total del bien amado, todo el sentimiento de su amada doña Tobosa.

Alonsico que no andaba, ni mucho menos, en tales gracias, viéndole como le veía, sin ningún miramiento ni consideración, le espetó:

- Mire, mi señor don Miguel, que no hay tal señora, que la Tobosa es moza del lugar, que bien ha un revolcón, y que no es sino la Tobosa, que bien conozco yo a su padre, el Lorenzo Dulcine...

- ¿Qué maneras de hablar son aquestas? ¿Adviertes tú, desventurado Alonsico, lo que dices? ¿Acaso crees, zopenco, que me has de engañar? ¿Engañarme a mi, villano?

Y, sin esperar a otras razones, lanza en ristre arremetióle con tal brio que el pobre Alonsico, que desprevenido como le tomó, vino a dar con su enflaquecida, alargada y desgarrada figura en el suelo.

- ¡Teneos, mi señor..., teneos por el amor de Dios! Que no he otra intención que hacerle saber quién es quién...

- ¡Tú también eres otro de los muchos malandrines lenguaraces y maledicentes que llenan la tierra!

- Mirad, mi señor...

- Has de saber, Alonsico, que doña

Tobosa, así habrías de llamar desde ahora en adelante, es la dama que será más querida, más sentida y más idolatrada por cuantos conozcan de sus virtudes, ahora y siempre por los siglos de los siglos.

Alonsico, magullado como estaba, y aunque apensa le salía la palabra del cuerpo, logró balbucir.

- Amén.

- ¡No interrumpas mi discurso, insensato! Nosotros, cual bien nacidos que somos, la llevamos en el pensamiento, en el alma. Y días vendrán que otros, no tan apasionados como nos, pregonen la fama de su belleza y su buen nombre por el mundo entero.

- Yo, al menos, os lo he hecho saber. Allá su merced...

Pero don Miguel, de vez en vez, le aplicaba la lanza al costado. Tanto que Alonsico, llevado del dolor que le produjera su señor don Miguel, escapó cual ánima que huye del diablo, en tanto no cesaba en sus lamentos y diciendo que si se pensaba su señor don Miguel, que estaba él en el Calvario y si es que él se tenía por aquel vil centurión que, con su lanza, abría y reabría otra llaga en su costado.

- ¡Ya te enseñaré a que hayas más consideración en las palabras que censures! ¡Malcriado!

Y, cuando ya cuando desaparecido hubo Alonsico, descendiendo del su caballo, don Miguel postrose de rodillas, y luego que se santiguara, con los brazos en cruz, bien abiertos, exclamó con dulce y fonante voz:

- Perdonadle, mi señora doña Tobasa del Dulcine, que el pobre no sabe lo que se dice, que sólo es un triste bachiller en artes rurales.

Post scriptum.

He la impresión de haya aquí algo trastocado. Si así lo fuese, por favor, enmiendenlo.

¿Vale?

JOAQUIN VALVERDE

HOSTAL - RESTAURANTE

Las Brujas

25 AÑOS A LA CABEZA DE LA HOSTELERIA EN DAIMIEL

ESPECIALIDAD EN BODAS Y BANQUETES
SALONES CON AIRE ACONDICIONADO
HABITACIONES EQUIPADAS CON T.V.

Tnos.: 85 22 11 - 85 22 89 - 13250 DAIMIEL (C.Real)



Teléfono: 926 / 85 43 51 - DAIMIEL (Ciudad Real)